

*Escuchar, es un dejar estar presente (Raymond Duval)*

La gente inquieta, la gente curiosa no tiene por lo general buena reputación. Pero hay que entenderse. . . Por mi parte, vengo pensando desde hace mucho tiempo que sería verdaderamente maravilloso si, a lo largo de toda nuestra vida, fuéramos los inquietos, los curiosos acerca de Dios y de su "economía" de amor.

Creo también que se cumpliría para cada uno la promesa hecha por Yahvé a su pueblo: "Yo colmaré su inteligencia de mi conocimiento, como llenan las aguas el mar" (Is 11,9).

**La historia del Verbo**

"Desde el comienzo y mucho antes de los siglos", nuestro Dios es un Dios que habla. De ello da testimonio el admirable prólogo del evangelio de Juan: "Al comienzo existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Jn 1,1). Admirable revelación del misterio divino que Juan de la Cruz contempla maravillado: "Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio y en silencio ha de ser oída del alma"<sup>1</sup> Todo cuanto ha sido hecho en el tiempo es vida en esta eterna Palabra, de suerte que Dios se nombra a sí mismo en la más humilde de las criaturas como en el hombre hecho a su imagen y semejanza.

El universo entero y toda su historia son pues la expresión, el Verbo mismo de Dios manifestado, y el hombre es la obra maestra de esta generación porque es el único capaz de escuchar y comprender en sí mismo y a su alrededor la monofonía divina traducida en una opulenta sinfonía. Por eso comprendo que Dios quiera encontrarse con el hombre y conversar con él. ¿Conversar? sin duda al volverse hacia él, pero mejor aún al verse, al derramarse en él, al sumergirse como las aguas del diluvio, no para aniquilarlo ciertamente, sino para realizarlo, exaltarlo, hacerle penetrar en la radiante luz, en la silenciosa y exuberante conversación de los Tres. Tal es la alegría de Dios, tal es la gloria del hombre. Y comprendí entonces perfectamente, me parece, la réplica de Jesús a la mujer muy entusiasta sin duda, que beatificó a su madre por haberlo llevado en su seno y haberlo alimentado con su leche: "Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan", (Lc 11, 27-28). "Sólo, en efecto —explica el errante querubínico— encuentra su fin último en su primer principio quien deviene claridad en la claridad, Verbo en el Verbo, Dios en Dios"<sup>2</sup>.

Es así que "repetidas veces y de muchas maneras, Dios habló a nuestros padres

\* De *La vie Spirituelle* N° 608, mayo-junio 1975.

<sup>1</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ: *Vida y Obras: Aviaos y Sentencias espirituales*, 97. B.A.C. 3a. ed. p-1271.

<sup>2</sup> ANGELUS SILESIUS, *L'errant chérubinique* Paris, Aubier.

por los profetas" (Hb 1,1), y a algunos de entre ellos "cara a cara, como un amigo a su amigo" (Ex 33,11). Hasta que venga la plenitud de los tiempos, el tiempo de la plenitud. Entonces cesan los balbuceos de las antiguas alianzas; entonces el Verbo se hace carne y planta su tienda en nuestra tierra. El Único que está desde siempre y para siempre en el seno del Padre nos habla del Padre en nuestro lenguaje de hombres y nos introduce por su Espíritu Santo en las profundidades de Dios. Pero hace más aún: nos da, si nosotros lo recibimos, el poder de ser en él hijos e hijas de Dios y por eso mismo nos desposa con el Verbo, nos introduce en la generación eterna. El cristiano es este hombre nuevo engendrado por la Palabra de vida. Es a la vez pronunciado en el Verbo y constituido oyente del Verbo, para dejar que el Verbo esté en él, a quien el Salvador abrió el oído y soltó la lengua precisamente el día de la iluminación. "Efeta-ábrete" (Mc 7,35). Este extraño oyente de un Verbo en quien el "renacido" no escucha otra cosa que cómo el amado deja nacer a su Amigo, ser y volcarse en él. Como lo dice excelentemente Raymond Duvaj, su escuchar no es solamente un "dejar-hablar", sino en toda la espléndida fuerza de la expresión, un "dejar-estar-presente".

## El sacramento del Verbo

Ahora, si bien es cierto que la Palabra resuena por todo el orbe, si es verdad que "los cielos narran la gloria del Padre" como también lo hace el edelweiss solitario de las montañas, el animal, el hombre, el justo y el pecador, los acontecimientos y la historia, el Verbo resuena sin embargo en un lugar privilegiado, en esa tienda de la Reunión que llamamos la Biblia. A pesar de su nombre, nuestros Padres nunca la han considerado como un libro, sobre todo como un "libro para leer", sino más bien como un tabernáculo, la tienda del Encuentro, mucho más famosa aún que aquella del capítulo 33 del Exodo.

"Tomó Moisés la Tienda y la plantó a cierta distancia fuera del campamento; la llamó la Tienda de Reunión. De modo que todo el que tenía que consultar a Yahvé salía hacia la Tienda de Reunión, que estaba fuera del campamento (...). Cada vez que entraba Moisés en la Tienda, bajaba la columna de nube y se detenía a la puerta de la Tienda, mientras Yahvé hablaba con Moisés. Todo el pueblo al ver la columna de nube detenida a la puerta de la Tienda, se levantaba, y cada cual se postraba junto a la puerta de su tienda. Yahvé hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo..."

Sí, la Biblia era para nuestros antepasados el lugar privilegiado de la Presencia sacramental del Dios-Amigo que quiere "seducirnos, llevarnos al desierto y hablarnos al corazón" (Os 2,16), una presencia tan real como la del admirable sacramento eucarístico. Es evidentemente un hecho muy feliz que los Padres conciliares del Vaticano II hayan dado un lugar de honor, en el decreto *De Revelatione*, uno de los más hermosos, al antiguo paralelo Biblia-Eucaristía, tan amado de nuestros antepasados, y que grabaron en piedra, como lo podemos ver en la maravillosa iglesia cisterciense de Sénanque.

"La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras como al cuerpo mismo de Cristo; pues, señaladamente en la sagrada liturgia, no deja nunca de

tomar y distribuir a los fieles el pan de vida, lo mismo de la mesa de la palabra de Dios que de la del cuerpo de Cristo" (Nº 21, B.A.C. pág. 142).

Y también

"Como por la asidua frecuentación del misterio eucarístico se incrementa la vida de la Iglesia, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la palabra de Dios, *que permanece para siempre*". Nº 26, pág. 146):

El paralelo es claro y se relaciona en línea recta con la enseñanza de un Agustín o aún con el mayor realismo de un Gregorio el Grande cuando dice al pueblo, en sus Homilías sobre Ezequiel (XIII, 3):

"Vosotros que tenéis la costumbre de asistir a los divinos misterios, sabéis bien que es necesario conservar con sumo cuidado y respeto el cuerpo de nuestro Señor que recibís, para no perder de él ninguna partícula a fin de que nada de lo que ha sido consagrado caiga en tierra. ¿Pensáis vosotros acaso que sea un delito menor tratar con negligencia la palabra de Dios que su cuerpo?"

Y con una alegría muy grande he descubierto recientemente en los escritos layl todavía inéditos de este estudioso y enamorado de Dios que fue el bienaventurado eremita Pablo Giustiniani, estas líneas que vienen a confirmar la tradición de los Padres:

"El monje debe acercarse a la Palabra, no para entretenerse, no para estudiar, sino como si subiera al altar de Dios con grandes preparativos de alma y de cuerpo, con un respeto muy profundo".

Supongo que comprenderemos entonces por qué lo que se ha podido llamar la *lectio divina* de la palabra de Dios no es ni la "lectio scholástica" con sus exigencias científicas de todo orden, ni la "lectura espiritual", sino más bien una ocupación que linda con la cualidad, la dignidad y la eficacia de un sacramento. El buscador de Dios, el discípulo del Verbo va a una "cita", a un encuentro. Quiere tomar contacto con aquél que lo busca mucho más de lo que era buscado. Y yo me imagino que al escuchar al Verbo suscitará en él una conversación, una "oración", quiero decir un discurso de fe, de admiración, de adoración o de júbilo, de eucaristía o de lágrimas. Un "discurso" que por otra parte se va a simplificar más y más hasta devenir contemplación, una especie de encanto, de hechizo, como me lo confiaba la anciana priora de las cartujas de Nonniquen.

Precisamente en ese momento, el que escucha se transforma interiormente en aquél a quien escucha. Deviene verbo en el Verbo, claridad en la claridad, como nos lo decía Angelus Silesius. Un cisterciense del s. XII ha percibido muy exactamente este maravilloso proceso del alma cuando dice en una frase muy concisa que se me excusará citar en latín: *Legendo oro, orando contemplan*, "Al leer converso, al conversar contemplo". El paso hacia Dios, la entrada en la luz gozosa de la gloria

<sup>3</sup> Archivos de la Ermita camaldulense de Frascati. Q.I. n.º 12.

eterna del Padre se hace, como se adivina, en una gran simplicidad, en lo que Juan de la Cruz llamaría de buen grado "las profundas cavernas" del alma. "El Verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre. Y la luz luce en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron" (Jn 1, 4-5). "La Escritura es la Escritura y nada más. Mi alegría es la Esencia y que Dios pronuncie en mí la Palabra eterna" (*L'errant chérubinique*, nº 137).

### El "dejar estar presente"

Pero ¿cuál es el proceder concreto de estos curiosos de Dios? ¿Cómo escuchan? ¿Cómo dejan al Verbo de Dios existir en ellos y llevarlos al Padre? Yo me permito simplemente transcribir aquí un texto muy sugestivo de la primitiva tradición de los Predicadores. Forma parte de un admirable opúsculo, escrito unos cuarenta años después de la muerte del hermano Domingo sobre sus maneras de orar. Se trata, entre otras cosas, de la forma en que aquel "cuyo oficio fue el mismo del Verbo" estuvo atento al Verbo y se dejó llevar por el Verbo.

"Apaciblemente, el hermano Domingo se sentaba y, después de haber hecho la señal de la cruz, leía en algún libro abierto delante de él. Su alma experimentaba entonces una dulce emoción como si hubiera escuchado al mismo Señor dirigirle la palabra, según está escrito: 'Yo escucharé la palabra que el Señor Dios dirá dentro de mi corazón'. Y, como si estuviera discutiendo con un compañero, parecía o no poder contener sus palabras y su pensamiento, o bien escuchar apaciblemente, discutir o luchar. Se lo veía reír y llorar sucesivamente, mirar fijamente y bajar los ojos, luego, hablar en voz baja consigo mismo y golpearse el pecho. A los ojos de algún curioso que en secreto lo mirase, el santo padre Domingo aparecía tal como Moisés cuando adentrándose en el desierto, llegó a la montaña de Dios, al Horeb, contempló la zarza ardiente, habló al Señor y se humilló en su presencia. Esta montaña de Dios no es acaso como la imagen profética de la santa costumbre que tenía nuestro Padre de ascender rápidamente de la lectura a la súplica, de la súplica a la oración, de la oración a la contemplación?

Y mientras leía de este modo en la soledad, veneraba su libro, e inclinándose hacia él, lo besaba con amor sobre todo cuando se trataba del libro de los Evangelios y él había leído las palabras que Jesucristo se dignaba pronunciar por su boca".<sup>4</sup>

Tal es el hermano Domingo y, en pos de él, todos los que, fascinados por el Verbo, entran en la escuela del Verbo. Es un *discípulo*. Sin saber por qué esto me hace pensar en el joven Samuel a la escucha de Dios y más aun en el Servidor de Yahvé del que se dice en Isaías (50,5): "Todas las mañanas despierta mi oído para que yo escuche como los discípulos. El Señor Yahvé me ha abierto el oído". Verdaderamente, cuando Dios habla, el hombre debe hacerse niño, para poder penetrar en el Reino pero también para que el Reino penetre en él. El hermano Domingo es un humilde y un mendigo, en modo alguno avergonzado de su pequeñez o de su indigencia. Está allí, sentado, las manos abiertas, los ojos levantados, pura capacidad de luz, pronto a entregarse, a permanecer confiado ante el terrible y fascinante

<sup>4</sup> Cf. Las nueve maneras de orar de Sto. Domingo, en M.-H. VICAIRE, op. *Saint Dominique de Caleruego d'après les documents du XIII<sup>e</sup> siècle* Cerf, p. 269-270.

misterio de Dios. La palabra de Dios no es palabra humana, aun si toma prestadas las palabras, las expresiones, las imágenes a las cuales estamos acostumbrados, aun si se desliza en nuestra historia. Es inmensidad, es infinitud, es simplicidad, Es.

"Tú, pues, que exploras las Escrituras (dice otra vez Angelus Silesius), y crees, por tus raciocinios, encontrar al Hijo de Dios; libérate de este delirio y ven a abrazarle en el establo. Pronto sentirás la fuerza del Niño adorado".

Pero acaso, no había dicho ya Jesús:

"Abba, yo te bendigo, tú has manifestado tu misterio no a los sabios, no a los diestros sino a los pequeñitos".

El hermano Domingo es al mismo tiempo un "Ser de deseo". No puede aceptar permanecer en lo exterior del Verbo. Busca, pide, llama, ríe y llora sucesivamente, "registra con avidez los cofres del Espíritu Santo" (San Bernardo). Los Padres llamaban a esto la "rumia" de las Escrituras, ayudada evidentemente —y cuánto— por el estudio exegético que uno hace en otros momentos, y por el testimonio de los santos que han prestado oído antes que nosotros, se han dejado invadir por el Verbo y han recibido de Dios la gracia y el encargo de decir a los otros "lo que ellos han visto, escuchado, tocado con sus manos, lo que les fue manifestado del Verbo de Dios" (I Jn 1,1).

Puedo decir que una de las grandes alegrías de mi vida habrá sido descubrir aquí y allá esos insaciables, esos buscadores en quienes el Padre ha podido hacer resonar el Verbo, tales como esos hermanos conversos camaldulenses con ojos de iconos, con ojos de pájaros nocturnos habituados a horadar la oscuridad de la noche.

Veo finalmente al hermano Domingo como un *enamorado enfermo de amor*, venerando el tabernáculo del Verbo, inclinándose profundamente ante él, besándolo... Necesariamente así ha de ocurrir a cualquiera que se aproxime a la Tienda de la Reunión, entre y allí saboree la luz. El amor crea el deseo y el deseo crece con el amor; el deseo, y por tanto, la intensidad de la escucha, y por tanto, la inteligencia del Verbo. A medida que el discípulo deviene "amante" se da como una penetración de las palabras o más bien como un estallido de esos como cántaros de Gedeón y de la aparición de la llama de la zarza ardiente ejecutando una suerte de danza nupcial. Es una evanescencia del lenguaje que permite al Verbo, ser y arrebatarse al amante hacia la luz.

"A medida que nuestro espíritu se renueva, las Escrituras comienzan también a cambiar de rostro. Una comprensión más misteriosa nos es dada cuya belleza no cesa de crecer con el progreso en el amor".<sup>3</sup>

Esto, por supuesto, puede ser experimentado muy pronto, pero como a hurtadillas... Supongo que no es sino después de años de atención, de búsqueda, de escucha, de fidelidad en el amor que, de repente, bajo la acción del Espíritu, las palabras múltiples se unifican en una sola y única Palabra, el Verbo engendrado

<sup>3</sup> JUAN CASIANO. Coll. XIV, II.

silenciosamente antes de la aurora. Entonces, el oyente del Verbo, no conoce más que al Verbo y todo lo que es vida en él, y esto lo contempla serenamente como cuando Benito, desde lo alto de la torre de Casino, vio el mundo entero reunido en un rayo de luz. Escucha, por fin, puesto que ya es sólo un "dejar-estar-presente" y esta escucha abre un espacio: "el de la existencia de toda existencia" (Raymond Duval).

Termina entonces toda curiosidad.

*Tradujo: Hna. Edith Scasso, a.s.b.  
Abadía de Sta. Escolástica, Argentina.*

## LECTIO DIVINA

*De gran importancia en esta vida de oración es la lectura meditada (lectio divina). La meditación reflexiva de la palabra de Dios tiene como objeto mantener al monje en vigilancia en la presencia de Dios, le da conciencia de la inmersión de su vida en el misterio de la actividad de Dios tal como ha sido revelada en la historia sagrada. No solamente la Escritura sino también los padres y autores espirituales y ascéticos de todos los tiempos, proporcionan el alimento sin el cual la vida de oración, la vida vivida en el Espíritu, es inevitablemente detenida en su crecimiento. Por lo tanto, la formación del monje implica un adecuado aprendizaje en la "lectio" además de un correcto horario del día completado por el trabajo; esto permitirá obtener el tiempo y las condiciones que conducirán a una lectura orante regular.*

De "Renew and Create" American-Cassinese. Junio 1969.